

Chantal Maillard se despide de la India

Chantal Maillard fue a despedirse de la India con la mirada desencantada. Eso dice ella en un precioso libro que lleva por título *Adiós a la India*¹ y cuyos capítulos - todos menos uno- llevan nombres de ciudades: Bombay, Puna, Jaipur, Delhi, Varanasi, Benarés, Calcuta.

¿Qué es una mirada desencantada?

Chantal Maillard confiesa que volvió a la India para enfrentarse con algunas de sus antiguas formas de mirar: “la mirada aventurera, la investigadora, la mirada ingenua, buscadora de tesoros interiores, la estremecida, apasionada, conmovida, la esquiva o avergonzada, la compasiva, la serena y contemplativa. Volví para ponerlas en jaque y averiguar así su resistencia. Bien sé que no existe el ojo inocente; aún así, la neutralidad fue la actitud con la que deseé realizar el viaje en esta ocasión”.

Pero en este texto no hay neutralidad (el ser humano no es un ser neutro) y sí mucha tristeza: frases de carne, de carne sufriente, apuntalada con fármacos: “La India me atrae como a Ulises las sirenas y, al fin, después de amarrarme al mástil de la nave europea por un tiempo, termino cediendo y largando velas. Esta vez, lo hago con el cuerpo maltrecho, sin atreverme a perder de vista el maletín en el que llevo los enseres de supervivencia: material para ostomizados, antihistamínicos, antiespasmódicos, y un largo etcétera en homeopatía.”

“El olor de mis labios ha cambiado.”

Estamos ante una tristeza sublimada, transmutada en belleza que duele; y en lucidez que lacera. Todo ello gracias a la Filosofía y a la Poesía, gracias a que Chantal Maillard es filósofa y poeta; una poeta absoluta que, desencantada, acosada por la tristeza, sigue fabricando metáforas en el horno agrietado, pero reluciente, de su pecho dolorido. Leamos algunas de esas metáforas:

[...]
y la memoria que
penetra en los huesos y
los deshace por dentro.
Se destila
un licor nauseabundo.

Me lo ofrezco.
Por esta carne
ahora tan inútil.

Pero Chantal Maillard no fue a la India desencantada, sino torturada –y hechizada- por ese calidoscopio de abstracciones que es la memoria. Tanta memoria – tanta mente/tanta palabra/tanto juicio- que apenas la poeta pudo apresar el presente (otra abstracción): “El presente se adelgaza. Y llega un momento en el que toda la vida del día y de la noche se han convertido en memoria.”.

¹ Chantal Maillard: *Adiós a la India*, Centro de ediciones de la diputación de Málaga, 2009.

En ese presente exiguo, comprimido y asfixiado por las abstracciones que configuraban su memoria, la poeta fue capaz de apresar instantes redentores en frases netas:

“Y, de repente, el olor de la India. Bocanada espesa, redentora. Pienso aquí no importa morir. [...] La voz de los cuervos. La densidad del aire. La copa del árbol a veinte metros del suelo y al alcance de mi mano. Los cuervos. Alargan el cuello, hinchán la garganta y el sonido ronco se sostiene en el aire, lo llena, lo completa. Una extraña plenitud me invade.”

Plenitud. Vacío. Encantamiento. Desencantamiento. ¿El desencantamiento nos arroja al vacío o, por el contrario, nos abre el camino de la plenitud? Chantal Maillard recoge y poetiza en esta obra dos productos de su memoria que suscitan reflexiones filosóficas. El primero es éste:

“-¿Qué miras, abuela?
-¿Eh? Ah, nada, el vacío.”

Y el segundo éste:

“Mi mirada de niña en los tranvías de Bruselas tenía algo de ese mirar que tienen los indios, una cierta disposición a recibir el mundo como espectáculo, una receptividad o más bien un vacío, una anulación de la conciencia del yo. Yo, entonces, no existía para mí, eran los otros quienes existían. O, simplemente, ocurrían. El mundo, simplemente, ocurría”.

La abuela, quizás, veía el vacío porque estaba embotada de pasado, de juicios, de abstracciones. La niña, quizás, sin conciencia del yo, alcanzaba el estupor maravillado de los verdaderos filósofos. ¿La salvación está en ser –saberse- el vacío, para ver la plenitud de “lo que ocurre” en el vacío... ante el vacío? Quizás aquella niña tuvo acceso al paraíso en los tranvías de Bruselas; al paraíso puro y duro: a eso que Samuel Peirce llamó *firstness*: lo que fue el mundo para Adán en el momento de abrir sus ojos, antes de las distinciones, antes de la taxonomía que mutila el prodigio de lo que hay: algo fresco, espontáneo, libre, evanescente. Se trataría de un paraíso estético sólo accesible para un espectador aún no encantado; o, mejor dicho, aún no aturdido y decepcionado por un superavit de encantamientos incompatibles.

Mito y palabra significaron lo mismo en origen: abstracciones, encantamientos en definitiva. Chantal Maillard lo sabe; y lo dice con brillantez: “Entonces consideras, una vez más, que más fácilmente se conquista un pueblo convenciéndolo con abstracciones que sometiéndolo con las armas”. Simone Weil, otra gran poeta del dolor, lo dijo así: “Se pueden tomar casi todos los términos, todas las palabras de nuestro vocabulario político, y abrirlos; en el centro se encontrará el vacío.”

Simone Weil no llegó a decir que todos los términos tienen el vacío dentro. Ella creyó en algunas abstracciones y dio la vida, literalmente, por ellas. Chantal Maillard, en *Adios a la India*, también parece creer en abstracciones. No tiene la mirada suficientemente “desencantada”. Cree en la abstracción que subyace en la palabra “India” y en la palabra “Occidente”: “nosotros, los europeos”; “ellos, los indios”.

La India. “¿Qué fuimos a buscar a India los europeos, ¿los secretos de la inmortalidad, el elixir que nuestra alquimia no logró entregarnos, los dones que nuestras escuelas de espiritualidad no nos brindaron, el origen perdido que los románticos

anhelaron recuperar, una guía para viajar por los intersticios de la mente, unas creencias alternativas, nuevos símbolos?”, se pregunta la poeta al final de esta obra. Pero ella misma ya nos dio la respuesta en el prólogo. Hubo algo en la India “que transformó la vida de muchos de los que viajamos allí. Si me preguntan qué es ese algo, yo diría que un ritmo, el del remo hendiendo las aguas, el arrastre de las chancas, el paso de los búfalos dirigiéndose al río, la recitación de los versos sánscritos, por ejemplo. [...] Un ritmo, estoy segura, es suficiente para salvar el mundo.”

¿Sólo eso aporta la India? No. Hay más. Según Chantal Maillard los logros espirituales de ese subcontinente mítico “comienzan y terminan con el conocimiento de la propia mente y sus límites.” ¿Son aprovechables esos logros? ¿Los ha aprovechado ella? Parece que sí, al menos teóricamente. El último párrafo de esta despedida de la India contiene instrucciones muy precisas para quien quiera salvarse de los estragos de la mente (de *este* mundo en definitiva):

“Pero nadie traspasará jamás el umbral de este mundo, llevando en el zurrón alguno de los conceptos que la mente elabora para ese viaje. Las teologías son sandalias de plomo; las enseñanzas espirituales, molestas enaguas. Sólo alguien sin sombra traspasará el límite. Alguien sin palabras.”

Alguien sin palabras es alguien radicalmente desencantado. Chantal Maillard no fue a despedirse de la India con la mirada desencantada. Para despedirse de la India, de verdad, hay que despedirse de esa abstracción: “la India”; y aventurarse en un mundo con olor a nuevo. Un mundo donde no se sostiene el dualismo Occidente-Oriente. Un mundo donde no hay “India”, ni “espiritualidad”, ni “materialismo” (¿Alguien sabe qué es la materia?). Quizás así, sin palabras, sin abstracciones, libre y fresca, pueda Chantal Maillard regresar a un charquito de agua prodigioso; en Bélgica, en pleno centro de la pecaminosa Europa.

La poeta, en una entrevista, habló de ese charquito así:

“En ese charquito de agua lo que había era gozo, un gozo que solo puede tener el niño, antes del pensamiento, del juicio y del lenguaje”.

Pero gracias al lenguaje y sus encantamientos podemos sentir, hacer nuestra, la dolorida belleza, la sublime belleza, que destila esta obra de Chantal Maillard. Yo espero, como lector, como amante de los hechizos honrados, que su encantamiento dure mucho más; y que esta gran poeta y filósofa nos siga subyugando con sus metáforas y *sus* verdades, hasta que por fin pueda regresar al charquito de Bélgica. Y serlo. Eternamente.

David López
Sotosalbos, agosto de 2008.